

El Fruto Dorado

Javier Berlanga



Capítulo 1

El fruto dorado

Había una vez un venado que vivía en lo más profundo de un bosque. Estaba en uno de sus paseos matutinos como de costumbre: observaba, miraba, trotaba, a veces corría y saludaba a sus amigos. Notaba en el aire algo distinto, no sabría explicar qué, pero lo había. Era como si algo dentro de la naturaleza hubiera cambiado. Sin embargo, hizo caso omiso de esta extraña sensación y continuó con su camino. No fue hasta que llegó al final de su camino cuando encontró algo fuera de sí, algo que jamás había presenciado: una manzana dorada. Al observarla parecía como si tuviera luz propia; brillaba con tal intensidad que te obligaba a ladear un poco la cabeza y apartar la vista. Esto pareció importarle poco y siguió acercándose a ella, aunque todo su ser le gritaba por dentro que se alejara y pidiera ayuda. Al estar lo suficientemente cerca, le invadió una gran curiosidad de morderla (a pesar de que fuera un venado); quería probar su sabor, ya que pensaba que si se veía reluciente e increíble por fuera, debía de ser deliciosa por dentro. No pudo más con la tentación y la mordió.

...

Dos años habían pasado, y el venado seguía desaparecido, nadie de sus amigos fue capaz de encontrarlo jamás: buscaron y rebuscaron día tras día y nunca pudieron dar con él.

Era muy temprano en una mañana de un invierno frío y congelado, cuando uno de sus amigos creyó ver la sombra de su amigo desaparecido detrás de unos arbustos. Él, emocionado y asustado a la vez, corre en su búsqueda. Corre sin parar durante muchos minutos sin importarle lo cansado que se siente. Ya sin saber cuánto tiempo ha transcurrido desde que empezó a correr, llega a un claro que jamás había visto. Era un claro muy bonito y espacioso; uno podría tratar de recorrer toda la orilla corriendo durante muchos minutos sin siquiera completar una sola vuelta. Fue entonces cuando volvió a vislumbrar una silueta, se parecía a la que había visto antes, aunque no sabría decirlo con exactitud, ya que se encontraba al otro extremo del claro, justo por donde empezaba el bosque. Fue entonces cuando empezó a correr de nuevo tras esa sombra. Al abandonar el claro se empezó a adentrar en una parte del bosque que estaba poco iluminado por el sol, pero aun así, había mucha luz. No sabía explicar cómo existía tal cantidad de luz en un lugar con mucha sombra. Y fue en ese entonces, en ese preciso momento, cuando vio atónito una hermosa y reluciente manzana dorada...

Pasaron días, semanas, y nunca nadie dio con él. Era el segundo desaparecido por razones que nadie sabría explicar: cuando alguien se

ausenta por un tiempo, lo primero que podrías pensar es que simplemente se perdió, o en casos extremos, que fue presa de algún otro animal, pero esto era algo distinto, y se notaba. Era como si la misma existencia se hubiera aburrido de él y simplemente optara por desaparecerlo, así sin más. Era una situación que empezaba a esparcirse por todos los rincones del amplio bosque: entre las distintas familias y distintas especies. Muchos entraron en pánico debido a que nunca habían experimentado tal situación, y les preocupaba mucho su seguridad y la de sus familias. Entonces optaron por hacer algo que no habían hecho en mucho tiempo: organizar un consenso entre todas las especies y las distintas familias del bosque.

Organizar dicho consenso era más fácil decirlo que hacerlo, ya que existían ciertas riñas entre las familias y las diferentes especies, por cosas que no vale la pena contar, pero si en algo estaban de acuerdo todos, era que el bosque estaba lleno de historia, al igual que sus mismas familias. Algunos aceptaron participar a regañadientes en dicha reunión para ponerse de acuerdo respecto a lo que debía proceder. Los familiares y amigos de los dos desaparecidos contaron hasta el más mínimo detalle sobre lo que vieron y de lo que hablaron con ellos antes de su inesperada desaparición. A decir verdad, no pudieron contar mucho sobre el segundo ya que nadie lo vio irse a ningún lado en ningún momento; una noche estaba allí en su hogar, y a la mañana siguiente no. Y en cuanto al primero, todos los que lo habían visto ese último día, no notaron nada distinto, ni en su comportamiento ni en sus acciones. Muchos pensaron que podría tratarse de un ataque, otros que simplemente se perdió y no pudo encontrar su camino de regreso, mientras que otros se inclinaban por algo más sobrenatural, como si se tratara de un acto mismo de la naturaleza que nadie pudiera explicar. No se pusieron del todo de acuerdo sobre lo que pudo pasar, ya que no había pruebas ni testigos de lo que pasó. Con esta información en mente de todos, acordaron tener más precaución y reportar cualquier cosa sospechosa o inusual.

...

Pasaron cerca de tres meses, ya era primavera al fin, y muchos estaban felices por eso, aunque la preocupación sobre un posible ataque o desaparición estuviera latente en todo momento. Muchos trataban de abordar otro tipo de temas más triviales para relajar el ambiente un poco, y fue justo en ese momento cuando llega una familia de conejos despavorida corriendo a toda prisa, y cuando llegaron y tuvieron el suficiente aire como para poder hablar, todos confirmaron sus sospechas sobre lo que pudo haber pasado: otro desaparecido.

Todos estaban asustados, pero no tanto como la familia de conejos, ya que habían perdido a su hijo mayor una noche anterior. La misma familia les contó a los presentes que tuvieron una pelea con su hijo la tarde del día anterior, por lo que el hijo mayor se fue furioso a pasear por otro lado

del bosque que no fuera cerca de su familia. Fue entonces cuando todos le empezaron a preguntar si habían notado algo distinto en él, y los conejos respondieron que no. Pero el hijo menor tenía algo que contar, algo que no le había dicho ni siquiera a sus padres.

El hijo menor les contó que había seguido a su hermano sin que él se diera cuenta, y aparentemente todo estaba normal al principio; su hermano mayor estaba enojado y simplemente trató de buscar un lugar para relajarse. Entonces cuando por fin encontró un lugar, relata el hijo menor, notó algo extraño en su hermano mayor: empezaba a hablar solo y sus ojos centelleaban, como si estuviera viendo las hojas más verdes y jugosas que uno pudiera encontrar. Esto duró más o menos unos 3 minutos, cuando de repente empezó a correr como si la vida le fuera en ello, el hijo menor cuenta que trató de seguirlo, pero que no era muy rápido como para alcanzarlo, y lo perdió de vista.

Al escuchar la historia todos empezaron a murmurar y a especular sobre lo que pudo haber pasado, pero no se llegó a nada. Ahora estaban más aterrorizados que nunca, y algunos sentían una impotencia por no poder remediar nada. Todos se preguntaban cómo es que estaban experimentando tales situaciones, ya que el bosque había permanecido tranquilo y en paz por mucho tiempo. Era como una utopía para ellos, hasta que comenzaron las desapariciones.

Pasó una semana y una ardilla se había ofrecido a patrullar un área en específico por la noche, mientras que otros se encargaban de patrullar otros lugares. De todas maneras no la dejaron sola, estaba acompañada de dos amigos suyos. Entonces, en un punto determinado de la noche sucedió algo que impactó a las tres ardillas a la vez, pero de formas distintas: una estaba asustada, otra estaba triste y llorando y la otra estaba simplemente atónita. Lo que pasó después de que sintieran eso, no les quedaba muy claro. Solo recuerdan que las tres echaron a correr tras lo que supuestamente veían, y tras un breve lapso de tiempo, llegaron a un claro que no reconocían muy bien. Tras contemplarlo un poco, volvieron a vislumbrar algo en el extremo opuesto del claro, en una de las entradas del bosque, y fue entonces cuando volvieron a correr hacia la luz. Todos continuaban sintiendo lo que habían experimentado desde que comenzó su persecución, cosa que se intensificó cuando se acercaron a lo que sea que estuviera brillando, aunque con un brillo más potente que el que habían visto anteriormente. Fue entonces cuando vislumbraron una manzana dorada, reposando sobre la punta de una planta que pareciera que hubiera crecido específicamente para sostenerla. Nadie respondía, solo miraban. Dos de ellas se empezaron a acercar a la manzana, totalmente en trance, una llorando y la otra simplemente sorprendida. La ardilla que estaba experimentando miedo fue lo suficientemente cautelosa como para no acercársele. Un sonido que provenía de las profundidades del bosque la sacó de su trance y le quitó un poco de su temor de encima, pero no dejó de mantener su postura, lejos de la manzana, al mismo

tiempo que trataba de hacer entrar en razón a sus amigas, cosa que no funcionaba. La empezaba a hundir el pánico otra vez y sabía que si se quedaba más tiempo, no podría contrarrestarlo y quizá no podría escapar, así que con todo el dolor de su corazón, se alejó de la manzana y de su increíble brillo lo más rápido que pudo, aprovechando la ventaja que le había dado el extraño sonido del bosque. Lo próximo que recuerda mientras estaba corriendo es que la luz se intensificó y palpó dos veces, con un período de 2 segundos una de la otra, pero con un brillo más intenso y potente de lo que habían visto en las veces anteriores. Ese último brillo lo describía como algo antinatural, un brillo que este mundo no sería capaz de sostener si permaneciera mucho tiempo. Cuando regresó a donde estaba haciendo la guardia, notó que nadie se había percatado de su ausencia, por lo que decidió ir a contarle a los demás inmediatamente lo que había pasado.

Tras haber contado el relato, los habitantes del bosque la bombardearon con preguntas, preguntas a las que ni siquiera ella podía responder, como "¿Por qué las tres sintieron cosas distintas si se suponía que habían visto lo mismo y por qué lo siguieron?" o "¿Por qué comenzaste a llorar al verlo?" o "¿Cómo es que existe una manzana dorada y es capaz de tener tal resplandor?". Le hacían ese tipo de preguntas una y otra vez, pero formuladas de forma diferente. Entonces una pregunta sobresaltó del resto: "¿Qué fue lo que viste tú en específico?". Entonces la ardilla comenzó a llorar, pero se estaba sintiendo bien al mismo tiempo porque se estaba desahogando. Cuenta que antes de que comenzaran a correr, vio la silueta de lo que parecía su difunta madre, y jura y perjura que fue algo tan real e intenso que en serio creyó que se trataba de ella. De ahí no sabe explicar por qué el repentino deseo de seguir a esa silueta (a pesar del profundo miedo que sentía) si sabía de antemano, muy dentro de sí, que no se trataba de su madre, que era un producto de su imaginación. Lo que tampoco sabe explicar es qué vieron las otras ardillas, ya que todas reaccionaron de manera distinta. Solo podían especular sobre lo que pudieron haber visto las otras dos, y todos sabían que de nada servía la especulación, pues no llegaban a nada. Terminó de relatar lo de los dos brillos intensos que había entrevisto mientras huía, y dio por hecho que ese fue el momento en el que sus amigas dejaron de existir. Al finalizar, todos le preguntaron cómo escapó, y solo supo responder que un sonido extraño que provenía del bosque la hizo entrar en razón.

Con el paso de los días, el ambiente en el bosque cambió, ya no era el lugar pacífico y agradable que todos recordaban, sino que se sentía como una trampa, como si estuvieran todos enjaulados esperando su momento para ser liberados directamente a la boca de su presa, o de lo que sea que esté causando las desapariciones. Todos estaban en máxima alerta, algunos planteaban la posibilidad de marcharse, pero temían despejarse del resto de los habitantes por temor a que esa cosa los atrapara incautos a la mitad del bosque, además de que habían vivido en ese lugar desde

siempre y no conocían ningún otro lugar en el que pudieran asentarse.

Pasaron otros cuantos meses y el verano había llegado, aparentemente todo se había tranquilizado y no habían más desapariciones, muchos se habían tranquilizado, pero es como si eso que los acechaba buscara eso precisamente, que se descuidaran y así poderlos atraer poco a poco.

En una noche, cuando todos estaban cenando y platicando de diversos temas sucedió algo inesperado: un brillo descomunal y cegador apareció de la nada en mitad del bosque. Prácticamente en sus narices. Y fue entonces cuando todo se volvió un completo caos y se podían divisar cosas distintas por todas partes: unos corriendo como locos aquí y allá chocando contra todo, otros empezaron a sollozar y soltar los gritos de tristeza, como si hubieran mantenido ese sentimiento dentro de ellos por un largo tiempo, y otros pocos comenzaron a enojarse. Es como si la misma energía que emitía la manzana produjera todo eso. No sabría decirse cuánto tiempo duró todo esto, pero la manzana seguía ahí en medio, reposando sobre una planta que la sostenía en todo su esplendor. Cuando la euforia terminó, todos se volvieron a la manzana y vislumbraron unas sombras que se movían alrededor de todo el bosque, y en torno a la manzana también. Todos aparentemente veían algo distinto, pero todos (o al menos casi todos) concordaban en que algunas siluetas eran iguales, y que se parecían a los que habían desaparecido anteriormente.

Fue entonces cuando la euforia y distintas emociones empezaron a emerger de nuevo, y la gran mayoría se sintió atraída hacia la manzana; a olerla, a probarla. Es como si la misma esencia y belleza de la manzana les prometiera que todo estaría bien una vez que se acercaran. La mayoría estaba en trance, pero muchos comenzaron a acercarse igualmente; unos gritaban y decían que nadie se acercara, que lo que sea que esa cosa haga y el hecho de que te muestre esas ilusiones no podía ser nada bueno; otros se quedaban mirando; y otros pocos huyeron.

Fue entonces cuando una serie de explosiones de luz iluminaron el bosque, y muchos comenzaban a desaparecer a la vista de los demás. Por más que gritaran o intentaran detenerlos, no lo lograban. Fue entonces cuando un grupo de animales de distintas especies se reunieron en círculo y cerraron los ojos, ya que pensaba que mientras más veían esa cosa, más tentación sentirían de acercarse. El grupo no escuchaba más que gritos, alaridos, risas, explosiones de luz, todo al mismo tiempo. Algunos del círculo sentían que las sombras los llamaban, y trataban de alejarlas gritándoles, y en muchas ocasiones, con nombres que cualquiera habría reconocido que eran de familiares y amigos.

Un corto tiempo pasó y todo se quedó mudo. El grupo del círculo abrió los ojos y descubrieron que fácil más de la mitad de los animales habían desaparecido. Unos cuantos estaban en el suelo, vivos pero

traumatizados. Y algo más no estaba: la manzana dorada. Simplemente se había esfumado. Trataron de sobrellevar lo sucedido en los próximos días, pero habían sufrido muchas pérdidas. Muchos tenían el espíritu quebrantado por haber perdido familiares y amigos. Planearon irse de ese lugar lo más pronto posible, ahora sin dudarlo, y empezaron a organizar un escape, ya que dudaban que todo hubiera terminado.

Sentían un pesar enorme y otros simplemente estaban enojados, otros incluso culpaban a los que habían decidido acercarse a la manzana, pero al mismo tiempo no podían. Conocían el poder de aquella manzana misteriosa, sabían que jugaba con sus mentes y sus recuerdos, jugaba con la memoria de sus seres queridos que ya no estaban con el fin de cazarlos o lo que sea que les haga después de aquel extraño brillo.

Decidieron continuar y avanzar, decidieron irse a vivir a otro lugar, pero sabían muy bien que esa cosa podría encontrarlos otra vez. Pero eso no era lo más triste para ellos. Lo peor era que sabían que si veían la silueta o la sombra de algún ser querido, lejos de traerles paz, les traería terror, duelo y melancolía.